

CARLA

LOS SECRETOS DEL ÉXITO,
contado por una mujer de 80 años.



Damián Yorio

**CARLA: Los secretos del éxito, contado
por una mujer de 80 años.**

CREDITOS

Autor: Damián Yorio

Derechos Reservados.

2015

Miami, FL. USA

Diseño y diagramación:

YORGA Investment.

Diseño de portada y Fotos:

YORGA Investment.

Formatos: E-book e impreso a pedido.

Revisión

2017

www.solulife.com

Para más información y contacto:

info@solulife.com

damianyorio@solulife.com

damianyorio@gmail.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede reproducirse, almacenarse o transmitirse de ninguna forma, ni por ningún medio, sin el permiso por escrito de Damián Yorío.

MATERIAL PROMOCIONAL - PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN Y VENTA

INTRODUCCIÓN

La historia de Carla es real, la información que aparece en la novela pertenece a las conversaciones que mantuvo con el autor. Tal y como se cuenta, ella abrió dos fábricas sucursales de la misma compañía, en dos países diferentes. Inició su proyecto a mediados de 1950 y trabajó hasta principio de los años ochenta, cuando se retiró y vendió sus acciones de las empresas de las que fue socio fundadora.

De esas empresas, una fue vendida en los años noventa y la otra aún sigue traba-

jando. Carla falleció en septiembre del año 2000.

MATERIAL PROMOCIONAL - PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN Y VENTA

CAPÍTULO I

Eran las cuatro de la mañana cuando mi teléfono celular comenzó a sonar en forma desquiciada, el cual, debido a un imperdonable error, había quedado en la mesita de luz de mi esposa. En medio de la noche, alcancé a sentir como ella tanteaba hasta que reconoció el velador y logró encender la luz. Atendió con los ojos cerrados, saludó y esperó un par de segundos, de inmediato se dio vuelta hacia mí:

—Toma.

De mala gana estiré la mano para recibir el aparato y me lo acerqué a la

cara, tratando que coincidiera con mi oreja:

—¡Amigo mío, mi vida está destruida!, ¡no puedo más! — exclamó en medio de sollozos. De inmediato reconocí su voz y sus quejas.

—Bueno, espera no hagas nada estúpido voy para allá.

La inoportuna llamada pertenecía a Nicolás, o Nico, como todos le decíamos. Recuerdo que nos conocimos en la escuela primaria y siempre fuimos amigos, pero luego, cada uno siguió su camino. No volvimos a vernos por algunos años. Viajé, me casé, regresé y comencé a trabajar

para un importante periódico haciendo periodismo investigativo y realmente... no me puedo quejar. Me ha ido muy bien. He trabajado en casos importantes, he escrito libros y he llegado a entrevistar a personas con grandes logros en su haber.

Sin embargo, al regresar me encontré con un Nicolás frustrado, fracasado, parecía que se había peleado con la vida. Su situación era un gran misterio para mí porque ambos habíamos empezado juntos y en condiciones socio-económicas similares. A pesar de esto, él ya había pasado por el famoso 432, como le decíamos en chiste cuando nos

reuníamos: 4 quiebras, 3 matrimonios y 2 intentos de suicidio. Nada mal para un hombre de... poca edad. Mi cabeza reflexionaba todo esto, mientras me alistaba para correr a su departamento. No estaba de ánimo para enterrarlo esa noche.

Las calles estaban despejadas a esa hora, eso me ayudó a volar, bajé de mi auto, corrí hacia la puerta y toqué el timbre.

—¿Quién es? —contestó en forma despectiva.

—¡Yo! Lucas.

—¿A qué viniste a esta hora?

Su pregunta me puso los pelos de punta, parecía no recordar su llamado. Enseguida la chicharra sonó y empujé con fuerza para que la destartalada puerta terminara de abrirse.

Mientras subía en el ruidoso ascensor, mi cabeza giraba sobre una idea: “cuando un hombre llama a esa hora es porque debe estar muy mal”.

Salí a toda prisa y caminé por el oscuro pasillo. Una vez en su puerta, al momento de golpear, noté que estaba entreabierta. Me quedé petrificado, preparándome para lo peor.

—Entra —gritó desde adentro.

Pasé con cuidado y caminé esquivando basura. Se encontraba derrumbado en el sofá y con la cara arruinada por las malas noches, igual que su departamento. Lo miré fijamente:

—¿Cuántos días hace que no te bañas?! —él me miró, levantó el brazo, olió su axila y abrió los ojos.

—No lo sé.

—¿Qué te pasa? —le pregunté, mientras empujaba con el pie unas cajas de pizza aún con restos y trataba de sentarme en el borde del irreconocible sillón de la sala.

—Hace quince días, tuve que cerrar mi negocio.

—O sea que vas 532 —le interrumpí con ironía.

—Así parece —contestó resignado.

—¿Y tu novia Cristina?

—Me dejó hace una semana.

Trataba de escucharlo con atención, pero su nivel de degradación personal no me lo permitía.

—Y qué piensas hacer, ¿cómo puedo ayudarte? —le pregunté con el auténtico deseo de hacer algo por él. Pregunta que, sin saberlo, cambiaría mi vida para siempre.

—Bueno, antes de llamarte estuve pensando... Tú tienes una empresa de

investigación... —Asentí con la cabeza—. Tú trabajas para muchas personas exitosas, influyentes y de mucho dinero: quiero que me digas cuál es su secreto para que les vaya bien.

Mi cabeza tardó solo unos segundos en darse cuenta de que también era lo que yo quería saber.

— Y... ¿cómo piensas pagar mis servicios? —pregunté con malicia.

Nico tragó saliva:

—Bueno, una vez que me hayas traído la información, la ponga en práctica, pague mis deudas y gane una fortuna

considerable te pagaré dos millones de dólares —soltó su ridícula propuesta y se quedó mirándome fijamente.

—Bien, trato hecho —le dije—, solo un favor, no intentes suicidarte hasta que yo regrese. Además, no estoy seguro de que mis clientes tomen a bien que los entrevistaste sobre este tema.

Él guardó silencio y bajó la cabeza.

—¿Cuánto tiempo crees que te lleve esto?

—No lo sé, tal vez unas semanas.

Mi amigo guardó silencio.

Me despedí y salí de su departamento sintiendo que algo estaba a punto

de hacer que mi vida cambiara en forma radical. Para ese momento ya había aceptado y reconocido que yo también quería saber lo mismo que él:

¿Cómo piensan?

¿Cómo lograron su fortuna?

¿Qué tipo de emociones tienen?

¿Cómo razonan para resolver los problemas?

¿De qué país son?

¿Cuál fue su entorno?

¿Cuáles son sus creencias y convicciones?

Ya comenzaba a amanecer y conducía de regreso a casa. Durante el trayecto, nuevas preguntas e inquietudes

invadían mi cabeza. Sin darme cuenta, Nico había hecho que me enfrentara a algunos fantasmas de mi pasado. “Los ricos son malas personas”, “el dinero arruina a la gente buena”, “para tener dinero hay que hacer cosas malas”.

Reconozco que estas personas, a veces, me causaban cierto rechazo, podría decir que era cultural, pero al mismo tiempo, eran mis contactos, y por algún motivo que desconocía, los tenía cerca de mí.

Cuando llegué a casa le conté a mi esposa sobre el trato que había hecho con Nico. Ella sonrió de costado, en forma

socarrona, y se quedó pensando unos segundos:

—Estoy de acuerdo, es una excelente idea, ¿a quién deseas comenzar a entrevistar?

—No lo sé, estaba pensando en Warren que es dueño de una firma de inversiones multinacional, o tal vez en Bill que es el dueño de una corporación que fabrica programas de computación.

Mi esposa me miró y exclamó:

—¡CARLA!, ¿te acuerdas de la señora que fue empresaria, y que estaba enferma...?

—Sí, me acuerdo... —comenté con ironía, su particular temperamento me era como una bofetada, pero algo había en ella—, ¿vivirá aún?

—Espero que sí..., además vive aquí en la ciudad y no necesito viajar.

Luego del almuerzo corrí a mi oficina y revolví entre mis archivos, “acá está doña Carla”. De inmediato mi vista se posó en sus datos personales: teléfono y dirección, esta vez no dudé en llamarla. Mientras marcaba sentía que “una especie de fuerza” había comenzado a impulsarme, me ayudaba a tomar decisiones con la

certeza que estaba haciendo algo de gran valor.

La voz entrecortada de una mujer anciana contestó:

—¡Doña Carla!, soy Lucas, ¿me recuerda?, hace dos años usted me contrató para un trabajo.

—Hable más fuerte, ¿cómo dijo?

— Soy Lucas se acuer...

— Oh, sí lo recuerdo bien —me interrumpió.

—Estoy trabajando en una nueva investigación sobre cómo piensan las personas de éxito y quiero entrevistarla.

Hubo unos segundos de silencio...

—Claro, Lucas puede venir, lo espero pasado mañana a las diez de la mañana en mi departamento. ¡Ah! Lucas...

—Qué, doña Carla.

—Era hora que se dedicara a un proyecto de verdad.

Carla era una señora de unos ochenta años aproximadamente, muy especial, decía lo que pensaba “sin anestesia”. Había fundado y gerenciado algunas empresas. Durante el tiempo que trabajé con ella me trató con la confianza de un familiar, tal vez con el ánimo de querer enseñarme algo. Sin embargo, yo solo

quería terminar el trabajo que me había encargado y desaparecer. Me supongo que aún no estaba preparado para aprender lo que ella me podía enseñar.

PRIMERA ENTREVISTA

Con estas ideas dando vueltas en mi cabeza, el día de nuestra primera entrevista había llegado. Traté de lucir impecable para la ocasión. Al llegar al edificio, el guardia me recibió e hizo las averiguaciones del caso antes de dejarme pasar. Nuevamente subía por un ascensor,

y esta vez, estaba invadido por la excitación propia de un principiante embarcado en una aventura. Caminé por el elegante pasillo alfombrado y timbré. La puerta se abrió y me recibió la señora que la atendía o cuidaba. A pesar de todos sus logros, Carla vivía sola. “Interesante”, pensé.

Fui escoltado hasta su recámara y allí me reencontré con doña Carla. Se hallaba recostada en su cama, elegantemente vestida con un salto de cama que daba a entender que pasaba la mayor parte del tiempo en su dormitorio.

—Buen día.

—¡Lucas!, qué alegría verlo, y ¿en qué líos se ha metido?

—Solo en venir a visitarla.

Risas...

—¿Cómo está su salud?

—Ahí, más o menos, pero no hablemos de eso, estoy entusiasmada con su visita.

—Lo cierto es que estoy haciendo una investigación sobre las personas que **dieron “el gran salto”**, ¿usted me entiende?

—Sí, cómo hicimos para cambiar nuestras vidas —me interrumpió con gran agilidad mental.

— Así es, ¿dónde comenzaron y dónde están ahora?, y ¿qué hicieron para conseguir lo que querían?

— Muy interesante Lucas, bueno, tome asiento —señaló un confortable sillón al lado de su cama—, empecemos, ¿qué desea saber de mí?

Esa pregunta era oro puro. Una persona que llegó a tener un considerable grado de éxito como empresaria, que dejó a su empresa entre las diez más grandes de su país, y además que viajó por casi todo el mundo conociendo a más personas igual de sobresalientes que ella, era una fuente de información que no podía volver

a desaprovechar. Por lo que, con cierta timidez, di comienzo a la entrevista.

El origen, los comienzos.

—Traje unas preguntas que pueden ayudarnos, para empezar, por favor cuénteme sus orígenes, cuando era niña.

—Nací en una familia de nueve hermanos, las mujeres éramos las mayores y de las mujeres yo era la primera. Mis padres eran migrantes españoles. Mi padre, cuando llegó, abrió un almacén para vender comida y víveres, y todos vivíamos humildemente de esa actividad.

—Y usted, ¿cómo se sentía?

—Mal, a veces faltaban cosas.

—Y ¿qué era lo que más le molestaba?

—Bueno, lo que más me molestaba era que mis padres y mis hermanos no reaccionaban, se sentían cómodos dentro de su incomodidad.

—Entiendo, y ¿cómo era su relación con su familia?

—De mi familia quisiera hablar al final.

—De acuerdo, ¿entonces cómo sigue su historia?

Buscando la libertad.

—Me puse a trabajar a los 16 años, de vendedora.

—¿Qué vendía?

—Artículos de perfumería, eran muy diferentes a los de ahora, no se olvide que le estoy hablando de los años 1930 o 1940, usted no estaba ni en los proyectos de sus padres.

—Sí, es cierto, y... luego de comenzar a trabajar, ¿qué hizo?

—Traté de sostenerme sola y de ayudar a mi familia siempre que podía.

—Y recuerda alguna anécdota en especial.

—Sí, una que marcó mi vida y mis decisiones para siempre. —En ese instante su rostro reflejó la intensidad de la emoción que revivía. Era como si estuviera experimentando de nuevo lo sucedido.

Las primeras enseñanzas.

—Lo que le voy a contar me enseñó qué era lo que tendría que hacer en el futuro, si realmente quería dar “**el gran salto**”, como usted le dice. Después de estar unos años vendiendo artículos de perfumería, comencé a trabajar en una fábrica de alimentos a base de pollo. Me contrataron en la zona donde los pelaban, ahora que recuerdo, era un lugar muy

deprimente. Había cientos de chicas jovencitas como yo, paradas con delantales que alguna vez fueron blancos pero que estaban totalmente manchados de sangre. Teníamos que meter el animal muerto en un líquido que le aflojaba las plumas y luego desplumarlo a mano, a la semana de trabajar me quería morir.

—Me imagino —Carla tomó unos segundos para reponerse, era un recuerdo muy intenso que asaltó su memoria—, y ¿qué hizo? —pregunté entusiasmado por saber el desenlace.

—No podía dejar de trabajar, porque una mujer joven, en esa época, si se

iba de la casa ya no podía regresar. Entonces le pedí al supervisor que me diera otro delantal, él me dijo que me lo descontaría del sueldo, le dije que no había problema. Así durante el receso, en vez de descansar me iba a lavar el que estaba usando y me lo cambiaba por el limpio antes de empezar el turno de la tarde.

—Y ¿cuál era su idea?

—Verme digna, no toda sucia, llena de sangre de animales y apestando a pollo muerto.

—Bien y ¿qué pasó luego, cuánto tiempo trabajó en esa empresa?

—Bueno, gracias a Dios no mucho tiempo, mis compañeras me molestaban, me decían que era una creída y que igual no iba a llegar muy lejos. Así pasaron unos meses hasta que un día el supervisor me llamó, lo primero que pensé fue que me iban a sancionar o a despedir. En esa época no había tantos derechos laborales como ahora, así que fui medio despidiéndome de mi trabajo, cuando llegué hasta su oficina entré y me dijo: “señorita Carla, la hemos estado observando”, cuando lo escuché me dio miedo de verdad, pero continuó: “quisiera recomendarla para un puesto administrativo que

quedó vacante, ¿le interesa?”, en ese momento lloré de la alegría.

—Y entonces... ¿qué aprendió de esa experiencia?

—Había aprendido que si quería marcar la diferencia con el medio que me rodeaba tenía que hacer las cosas de una manera diferente, tendría que aprender a dar siempre, un poco más. Es cierto que a los pollos no les importaba que estuviera limpia, pero a los jefes sí, en vez de contratar a una chica de afuera, y tal vez con más estudios que los míos, se fijaron en mí. Recuerdo muy bien esa mañana. Salí corriendo de la oficina del supervisor,

colgué los delantales y al otro día me presenté en mi nuevo puesto de trabajo.

—Y ¿sus compañeras o excompañeras?

—Más de lo mismo, si antes no me querían, ahora me odiaban....

continuará



Damián Yorio: Escritor, Productor y Conferencista. En su haber tiene publicadas numerosas obras de superación personal en forma de cuentos y novelas de ficción, además de obras de crecimiento personal, solo y junto a destacados profesionales del área.

En esta Novela Corta Testimonial, el autor presenta la historia de Carla: una Mujer Emprendedora que venció los desafíos y las limitaciones de su época.

Encontrándose sola, igual pudo lograr sus sueños en el mundo de los negocios, y ahora usted, podrá conocer sus secretos: cómo razonaba, sentía y tomaba las decisiones que la llevaron a resolver con éxito los numerosos desafíos a los que se enfrentó.